

EL CONSTITUCIONAL

PERIODICO DEL ESTADO DE LAS TAMAULIPAS.

TOM. II.

Ciudad-Victoria, Octubre 13 de 1851.

NUM. 39.

DEL ESTADO.

DISCURSO QUE EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1851, ANIVERSARIO DE LA PROCLAMACION DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL, DIJO EL CIUDADANO CONSTANCIO GALIARDO EN LA ALAMEDA DE TULA DE TAMAULIPAS.

de nuestra patria hay hermosas páginas que registrar, pero entre todas ellas hay una que resplandece y brilla como la piedra preciosa trabajada por un diestro lapidario. Esta página de oro es la consagrada al gratísimo recuerdo del 16 de Septiembre de 1810, en cuyo aniversario nos encontramos hoy después de una serie de cerca de medio siglo: de cuarenta y un años. No os puede ser extraña esta fecha, conciudadanos, y los que sois padres debéis hacerla pronunciar hasta á vuestros tiernos hijos: está llamada á figurar de una manera singular en nuestros anales por que en ella, después de trescientos años que una tras otra generación de nuestra raza gimieron y bajaron al sepulcro en la opresión, se levantó la voz de un anciano sacerdote dejando oír estas dos sencillas pero elocuentes palabras: **LIBERTAD E INDEPENDENCIA.**

Conoceréis por esto, señores, que el asunto que hoy nos reúne en este lugar es grande y en extremo dificultoso para mis ningunas luces y talentos, y tanto más cuanto que al cantar las glorias de la patria, como es el deber del orador en días cual el que hoy se cumple entre nosotros, debe brotar de lo más hondo del alma, por más que se alucine la mente, un negro pensamiento que, acibarando la memoria de los dulces tiempos, conturbe el espíritu. Si pues mi posición es dificultosa, y al aceptarla por no ser ingrato á las instancias me cuesta un sacrificio, sed indulgentes conmigo, y mirad para esto la violencia que, dominada por tantos y tan varios recuerdos, me hago para

hablaros en público y en día tan altamente solemnemente.

En la larga y lejana carrera del tiempo, cuando principiaba la existencia del siglo trece, un aduar de gentes tocaba en los confines del hermoso territorio del Anáhuac, después de una peregrinación emprendida desde las nas remotas y casi desiertas regiones del Norte. La horridéz de las penalidades consiguientes, aun á los hijos de las selvas, en una larga travesía por tierras desconocidas, es de difícil cálculo; y me parece que en vuestros corazones compasivos veo ya brotar un sentimiento en favor de estas desconocidas gentes. Pues bien, señores, obedecéis á los impulsos de la sangre, porque estas gentes hacia quien trastra una simpatía desconocida no fueron otras que las familias de los Aztecas, nuestros primeros padres, que después de habernos dado el ser se perdieron sus cenizas en la noche de los tiempos. ¡Derramémos aquí por nuestros progenitores una lágrima ardiente de amor, respeto y gratitud á su memoria que conmueva y caliente las frías y silenciosas tumbas de sus sepulcros.

A nuestros primeros padres habían precedido en el país del Anáhuac otras y otras tribus, acaso del mismo origen, como refiere la historia, quienes ya establecidas formaban pueblos, y estos pueblos una nación que, despreciando el bien procomunal de sus hijos, se ocupaba solo de sus bandos. Los Aztecas no se fijaron al principio en un solo lugar: mudaban á cada paso su residencia á diversos puntos del valle de México, sufriendo todos los accidentes y penalidades de una vida ambulante, hasta que por fin después de una serie de acontecimientos y aventuras en parangón con las historias más fabulosas de los tiempos heroicos de la antigüedad, habiendo visto en la orilla de un grande lago del valle, parada sobre un nopal que nacia de la hendidura de una roca bañada por las olas, una águila real de extraordinaria magnitud y hermosura, con una serpiente en sus garras y sus anchas alas abiertas al sol que nacia, saludaron el feliz agüero que les indicaba el sitio de su futura ciudad, y asentaron sus cimientos bautizándola con el nombre de Tenoxtitlan, capital de su vasto imperio, y hoy de nuestra república.

Esto se verificaba el año de 1325, desde

cuyo tiempo los nuevos moradores, con una intermision en que sus disensiones domésticas los dividieron empeorando su situación, fueron creciendo en número, ensanchando la extensión de sus dominios, y se hicieron poderosos, llegando á ser con su sabia política y la gloria de sus armas los únicos señores. Así vivieron nuestros primeros padres hasta el siglo diez y seis, adornados de todas las virtudes, imperando la sobriedad y la laboriosidad en el trabajo que todo lo santifica; pero olvidando las causas á que debían su elevación, de nuevo las disensiones domésticas turban su carrera, de nuevo se dividen, y la gran Tenoxtitlan se puso en guerra abierta con varias partes del imperio.

En esta situación, y allá por el Oriente, del otro lado de los mares, tenia su aciento una nación desde su origen belicosa, amaestrada en la guerra de siete siglos de lucha contra los Moros sus dominadores que acababa de arrojar de sus dominios, donde querían ser los señores: habituados sus hijos á todo género de peligros, y no cabiendo en la nación su genio emprendedor en aventuras, surcaron las aguas de los mares, descubrieron un mundo nuevo, y pisaron las playas vírgenes de Zempoala, alentados por el furor de conquista en un país que tantas riquezas encerraba.

Los hijos de Moctezuma, á la sazón emperador de los Aztecas, pelearon contra ellos con todo el ardor de que es capaz un pueblo cuando no ha llegado á una completa abyección y se le quiere arrebatar su libertad, ese precioso presente del cielo, innato en el corazón del hombre, que el señor de todo lo criado pluguiera concederle. Pero no era bastante para el triunfo pelear como valientes si se ignoraba el arte de la guerra, y sobre todo si faltaba esa poderosa acción de union que constituye la fuerza..... ¡Oh fatalidad que persigues desde la cuna á nuestra raza con ese monstruo horrible de la desunion que tantos males le ha causado, y que si continúa la sumergirá en el insondable abismo de la nada. Si, conciudadanos, que ideas tan tristes brotan de la mente al pensar que una parte de los hijos de Moctezuma se unió á las filas de los invasores, y la otra fué esparcida y vencida, comiendo el negro

pan de la esclavitud en el propio suelo de la patria querida de sus abuelos, hollada y tinta de sangre inocente por el brazo del conquistador, consumándose el horrendo sacrificio con la víctima del grande cuanto infortunado Guatemotzin, ilustre descendiente de la familia real y último rey del imperio, que combatió hasta el fin por su patria con la heroicidad de un romano, haciéndose por esto digno de que corra por nuestras mejillas aunque sea una estéril lagrima á su recuerdo. Así los hijos de esa nacion del oriente, al otro lado de los mares, arrancaron de un solo golpe su libertad é independencia á nuestros padres, cuyos progenitores tal vez zelosos de su ser político, y en pos de su conservacion, lanzados al acaso, atravesaron un mundo desconocido padeciendo hasta el sufrimiento, en su penosa peregrinacion, privaciones, cansancio y miserias inauditas..... ¡Espantosa inconsecuencia de la especie humana!

La hermosa Méjico cedió, señores, entre una lucha enteramente desigual por la superioridad de las armas, por la cultura, y por la pericia del dominador, y arrastró las cadenas de la esclavitud impuestas por la España que fué la nacion á quien se vió sometida por el derecho brutal de la fuerza. Trescientos años gimió bajo el oprobioso peso de estas cadenas; pero tambien los españoles como los antiguos aztecas se dividieron, y como ellos tambien se debilitaron, y la hora de las venganzas tanto tiempo esperada sonó por fin. Y no podía ser de otro modo señores, porque Dios por medio de las palabras del Espíritu Santo dice á los

hombres como: *Las naciones, en el libro de los libros, en el libro por excelencia como lo llama un moderno escritor en la Biblia en suma. QUE CON LA VARA QUE UNO MIDE SERA MEDIDO.*

Fernando Séptimo con sus pretensiones, D. Carlos su hermano con sus quejas, y todos los Españoles con sus querellas, decidieron el momento propicio á los dignos mexicanos para enarbolar el estandarte Santo de la Libertad, buscar un nombre perdido en la tenebrosidad de los tiempos y reconquistarnos un lugar entre la gran familia de las naciones. Dios señaló el **HASTA AQUÍ DE LA DOMINACION** y tocando con su dedo omnipotente al hombre designado en sus altos decretos para dar principio á la regeneracion política, se levantó el varon predilecto, el humilde sacerdote de Dolores, Don Miguel Hidalgo y Costilla, y la aurora del 16 de Septiembre de 1810 apareció sonriendo y saludando á un pueblo en quien el Ministro del Altar acababa de arrojar, obedeciendo á la voluntad del Señor de las naciones, éstas dos maravillosas palabras, **LIBERTAD E INDEPENDENCIA** que con la celeridad de una corriente de fluido eléctrico, partió del centro de la colonia hispano-americana conmoviéndola hasta en sus mas remotos ámbitos, y haciendo retemblar sobre sus sólidos cimientos el trono de Castilla, y el palacio de Moctezuma asiento del virey español.

Aquí se descubre, señores, la página mas bella de nuestra existencia política, fecunda en hechos altamente gloriosos que lavaron la frente cubierta de ignominia de los desgraciados hijos de nuestra raza, adheridos en la conquista al partido del usurpador europeo. La tempestad agitada por las dos misteriosas

palabras del anciano sacerdote rugia por todas partes: el estruendo del cañon que apoyaba la dominacion vomitaba fuego y amontonaba cadáveres todo quiera, respondiendo así á la honda del soldado independiente; el arcabuz que sostenia las cadenas de la opresion hacia silvar sus mortíferas balas, contestando así á la pica del hijo denodado de la patria; el grito de DIOS Y EL REY que mantenía el gobierno del vireynato salia de entre un tellino de fuego y humo, en un lago de sangre, cuando así este otro mas grande pero sofocado grito de **LIBERTAD** que balbucia en su agonía gloriosa el hijo de Méjico. El triunfo era casi siempre para las armas del rey de Castilla, é incierto para las del patriota mejicano: las ventajas de todo género estaban de parte de aquel y ningunas de este, si no era el grande amor á su patria que donde quiera que existe obra prodigios al parecer fabulosos. Mil y mil guerreros caian á los golpes de la cuchilla enemiga, y mil y mil nuevos guerreros nacia como por encanto con este riesgo de sangre tan preciosa, derramada por la mas santa de las causas.

El inmortal Hidalgo, señores, hizo un grande sacrificio en las aras de la patria presentándose como victima expiatoria para conquistarnos con su sangre el santo principio de libertad y revivir un nombre de nacionalidad á las nuevas generaciones, y por esto tiene un titulo altamente grande á nuestro respeto y eterna memoria. Ninguna probabilidad de goces en los bienes remotos del triunfo podia alimentar al lanzarse contra el coloso de medio mundo, y por consiguiente todo su porvenir estaba cifrado en... **EL CADALSO**, donde se resignó á dormir con ese sueño eterno é imperturbable de los muertos, pero ciñendo su cabeza con la palma real de Méjico.

¿No era esto un sacrificio? ¿No era esto un riesgo? ¿No era esto una empresa era árdua, el éxito obra del tiempo, y que su pecho espuesto siempre á las ballonetas y balas de sus enemigos corria á cada paso, en el menor encuentro, riesgos inminentes? ¿Ni como no calcular que luchaba contra fuerzas infinitamente superiores, que si no destrozaban su cuerpo en un combate le harian al fin caer en manos de sus encarnizados enemigos, que, en su ciego furor, era imposible pudieran perdonarle lo que habia hecho, y que apellidaban delito de rebelion contra su soberano?

Voy á mostraros, señores, la desigualdad de la lucha; oid: El partido de la dominacion contaba con un gobierno arraigado con las profundas raíces de trescientos años de absolutismo, con una rica hacienda, con fuerzas disciplinadas amaestradas en los combates, con toda clase de municiones de guerra, y sobre todo contaba con el ejercicio de un poder y autoridad sin límites sobre todas las clases, y en especial sobre la indígena, que á la voz de S. M. **EL REY** debia doblar la rodilla como ante Dios y bajar su cabeza para prestar una ciega obediencia á su menor voluntad..... El partido de la libertad por el contrario, se hallaba sin ningun gobierno que formase su centro de union y de operaciones, sin una sombra siquiera de hacienda, sin ningunas fuerzas aguerridas y disciplinadas, sin ninguna clase de municiones de guerra con que oponerse una vigorosa resistencia, y sobre todo sin un pueblo ilustrado que conociese su dignidad de hombres, y lo que significaba la palabra libertad con los derechos que á ella tenia, porque en la larga esclavitud de trescientos años, de generacion en generacion se le habian venido elaborando y arraigando mas y mas hábitos de preocupacion hacia el soberano, que era casi imposible que lo hiciese despetar de su indolente letargo. Todo esto era en extremo difícil y comprometido para la causa, y sin

embargo con todo arrojó y todo lo improvisó ese benemérito ciudadano ese hijo predilecto de la patria, ese esclarecido Hidalgo.

Este heroé fué el émulo de otros heroes, que con la misma abnegacion que él olvidaron que tenían vida, y jugando en sus labios el dulce nombre de la patria pelearon todos por dejarla libre. Sus banderas vencedoras se coronaron con el laurel del triunfo en Guanajuato, Las Cruces, Acapulco, Oaxaca, y demas campos de batalla; y vencidas se circundaron con la aureola del martirio en Acapulco, Calderon, Valladolid y otros puntos, pero sin abatirse nunca delante de los pendones de Castilla.

En los caudillos y soldados de la independencia hay hermosos rasgos de talentos ó virtudes patrias que admirar y recordar conmovidos. Los nombres de Hidalgo, Iturbide, Guerrero, Morelos, Allende, Victoria, Bravo, Teran y tantos otros, merecen un glorioso y eterno renombre, y la posteridad se inclinará siempre respetuosa cuando los encuentre escritos en el santuario de las leyes, y cayendo de rodillas ante sus efigies donde quiera que las vea besará la orla de sus vestiduras como se haria con un santo, porque estos hombres tambien son santos mártires de la patria.

Con once años de una guerra de esterminio, de cruentos sacrificios, en los que la bala y la espada de opresores y oprimidos despedazaron tantos craneos y mutilaron tantos cuerpos, dejando en la horfandad y en la desolacion á multitud de familias fué comprada nuestra libertad: mirad si nos es cara y si debe tener un precio inestimable á nuestros ojos. No me es posible llevaros como por la mano de acontecimiento en acontecimiento, de escena en escena, y haceros así asistir al terrible, sangriento y vivo drama que tuvo lugar, porque esto seria cosa muy larga para este dia y ocasion.

Para concluir os designaré solo tres de nuestros heroes, que considero como el principio, medio y fin de nuestra independencia: El primero es Hidalgo, que tuvo la gloria de levantar el grito que hizo temblar al leon de la Iberia, y de haber sellado con su muerte la gran causa para que salió destinado de las manos de su Hacedor.—El segundo es Guerrero, que único existente con las armas en la mano, despues de tan larga lucha, decidió casi en favor de los españoles por tanta y tan inútil fatiga; y por aglomeracion de circunstancias, mantuvo en las montañas del Sur el fuego sagrado de la libertad, alumbrando semejante á esa luz incierta del pábulo que se acaba. Allí, en esas montañas, con el puñedo de valientes que lo acompañaba llevaba la vida del salvaje con toda la horridéz de las privaciones que cuesta al hombre civilizado. Pero nada de abatimiento, señores, la energía de su alma le dió la fortaleza digna de los Griegos y Romanos, y arrastró mil veces la muerte antes que humillarse ante los opresores de su patria.—El tercero es Iturbide, profundo político y militar valiente hasta rayar en temerario, quien levantó la bandera que yacía derribada y confundida entre cadáveres y entre es-

combros, y triunfante en cien combates la hizo ondear radiante de gloria, ocupando con su ejército la capital de la república el 27 de Setiembre de 1821, en cuyo día el Sol salió de su dorada puerta del Oriente alumbrando por fin á un pueblo libre, que en su sacudimiento de once años arrojó rotos á los pies del trono español los pesados eslabones de la cadena con que fué oprimido por tres siglos. Mirad aquí concluidos años, en el 27 de Setiembre de 1821 otra fecha, de once años después de la primera, que vuestros tiernos hijos deben también balbucir: no permitáis nunca que dejen de repetir: no por Dios, no lo permitáis, pues á mí me parece que en ella hasta las cenizas de los muertos en cuyos pechos la heron corazones entusiasmados por las glorias de su patria, contando desde nuestros primeros y peregrinos padres hasta la conquista, hasta el grito de libertad dado en Colores, y desde el grito de libertad hasta la conscripción de independencia, todas ellas se animaron y rompieron sus sepulcros por permission de Dios, para asistir al bellísimo espectáculo que sus hijos les ofrecían en tan fausto día.

Nuestra independencia quedó consumada con un rego de sangre preciosa, que unida con la derramada en 1521 de la conquista formaría un torrente cuya vista nos aterrorizaría. ¿Direis por esto que nuestro odio á la nación ibérica debe ser inextinguible, y que mi ánimo ha sido incitaros á alimentarlo? . . . Os engañáis, conciudadanos, en una y en otra cosa los que penséis así, pues este odio sería innoble mezquino y hasta injusto después de que la ilustración y filosofía de la España actual ha tendido una mano amiga á los que la España en tiempo de la corte de Fernando y de Isabel creyera para siempre sus esclavos. Sobre esto mirad que hoy corre en nuestras venas, con más ó menos mezcla, sangre azteca y sangre española que deben formar un nudo de fraternidad y ayuda entre las dos naciones: que hoy estamos ligados con unas mismas creencias religiosas: que nos unen lazos de comunes costumbres: y que hablamos un mismo idioma. Así pues, notad que el objeto que me ha movido á describir tantos horrores, ha sido el de que hagais una justa apreciación de la joya preciosa de libertad é independencia que nos legaron nuestros mayores, y que reconquistó el movimiento de 1810.

Os he descrito, señores, en los once años que duró la gloriosa lucha por nuestra independencia las páginas más

bellas que forman el orgullo de nuestros anales; pero reflexionad que os decía há pocos momentos que en medio de tanta alegría por estos recuerdos, un negro pensamiento debía brotar de lo más hondo del alma, el cual aclarando la memoria de los dulces tiempos, conturbará el espíritu. El instante fatal ha llegado y después de haberos abierto las páginas de nuestras dichas, voy ahora á cumplir con el pensoso deber de mostraros la hoja de nuestras desgracias.

El inmortal Iturbide, caudillo del pueblo nuevo cubierto de tanta gloria comienza á levantar los cimientos de un gran nación. Todos á porfía le ayudan y la naciente república es el objeto general de las miradas del viejo mundo que con su política, con su comercio, con todas sus producciones anhela las relaciones de la nueva sociedad.

Nosotros en el atardamiento de tanta gloria, gozando de un poder inmenso nos alimenta la idea de un porvenir eterno dicha y olvidando nuestros deberes sin tender la vista á lo futuro, nos entregamos á los goces presentes, semejantes á un niño en su dichosa edad de la infancia. Estos goces no podían ser eternos; volaban con el tiempo dejándonos nada más que la memoria de lo pasado. Puede decirse que á nosotros nos ha cobijado la misma suerte que á los primeros padres de la especie humana: en medio de nuestro paraiso rodeados de tanto bien, brotó el árbol del mal, y un ángel engañoso, aprovechándose de nuestra inesperienza, nos dió á gustar el fruto.

Con este veneno en las entrañas, trastornadas las cabezas de nuestros hombres nuevos, cada paso era un desacierto, cada acto una dificultad, que amontonaban un combustible cuyo incendio debía producir una explosión espantosa. El deseo demasiado excesivo de los partidos nos invade como una plaga y disputamos con furor todos los principios, desnaturalizando las más útiles y más necesarias acciones. La generosidad y el desprendimiento hasta el extremo en nuestras negociaciones exteriores nos firman una red donde incautos caemos aprisionados por nosotros mismos, paralizándose así nuestros más naturales movimientos.

Aniquilámos desde el principio los vastos recursos del tesoro público prodigando á lo infinito las erogaciones. Contragimos deudas que nos empobrecieron aumentando siempre sin medida los gastos de la hacienda con un crecido número de empleados innecesarios, y

obtenidos no por el mérito, la aptitud, ni la pureza en el manejo, sino por el favoritismo. Todo fué desconcierto, nada se previó, en nada entró el cálculo. El número de los trabajadores y productores no se halló en armonía y proporción con el de los consumidores, y ved aquí el origen de la miseria. En suma, creímos que la flor era el fruto, y ansiosos la cortamos; pensamos que el lujo era la riqueza, y fútiles nos echamos sobre él; nos figuramos que el brillo era la gloria, y ardorosos hicimos ostentación de sus falsos oropeles. Esta política funesta nos hizo emprender una carrera tras un fantasma vaporoso, que aun perseguimos creyendo alcanzar, olvidando la realidad.

Hay otra causa que asociada á lo que dejo expuesto ha contribuido en gran manera á que la política de la nación no se haya establecido. Esta causa es esa sucesión constante de los gobiernos, esa movilidad casi continua de los ministros: Unos y otros son por lo general puestos y quitados por la mano emponzoñada de la intriga y de la irreflexión. Colocados en esos puestos debieran ya pensar en desempeñarlos con lealtad y con honor; pero con honrosas y muy contadas excepciones no es así, pues no se ocupan sino de conservarlos y medrar en ellos, saciando á veces en el poder hasta innobles venganzas; de manera que parece ser que nuestros hombres públicos en la mayoría han adoptado el destructor principio de que, *el fin cualquiera que sea justifica los medios*. Pasajeros nuestros hombres en el gobierno, aunque vayan á él con las más sanas intenciones, no tienen tiempo ni fuerzas para corregir los vicios de la administración, y en vez de dominar los acontecimientos, tienen que ceder á la fuerza de ellos.

Que inquietud y versatilidad la nuestra, compatriotas, apenas pasa un año cuando ya buscamos un nuevo sistema, apenas pasa un mes cuando ya buscamos una nueva administración, apenas pasa una semana cuando ya buscamos un nuevo ministro, apenas pasa un día cuando ya buscamos una nueva ley. ¿Será posible que las historias de los pueblos, que son como un espejo, donde se reproducen las imágenes de los sucesos, no nos recuerden que nunca nación alguna puede llegar al apogeo de su grandeza, sino por medio de un gobierno que esté encargado de recoger las luces, de reducir los intereses del Estado á sistema fijo de administración, haciendo lo que el activo y diestro piloto sobre cubierta, que para conducir su na-

El Constitucional.

ve á puerto de salvamento, tan pronto observa las nubes, como la brújula, los encontrados vientos, y los escollos, que podían hacerlo perecer en el líquido elemento?

Hemos pasado el tiempo en continuas revueltas, suscitando querellas, despedazándonos en guerras fratricidas formando ejércitos, corrompiéndolos, destruyéndolos, y volviéndolos á levantar. Y en esta situación, olvidando que teníamos á nuestras puertas una nación ambiciosa y emprendedora, que con el vil ropaje de la hipocresía se vendía por nuestra amiga, y aleve asechaba y preparaba el momento de caer sobre su víctima, llegó el momento fatal. . . . Llegó el momento fatal, compatriotas y nuestro pabellon tricolor, que nos dejara la espada del inmortal Iturbide le vimos por fin doblegarse y caer ¡qué oprobio! ante el de las estrellas de los Estados Unidos del Norte, después de derramada la sangre de nuestros hermanos en la Resaca, Palo Alto, Monterey, Angostura, Veracruz, Cerro Gordo, Rosario Sacramento, y Valle de México. Mas no, no debía parar aquí la deshonra: hasta las heces teníamos que apurar el cáliz de la amargura y ese pabellon de las estrellas con sus rayos y fuerza nos hizo firmar una paz vergonzosa, y ondeó há cuatro años en nuestro mes de Septiembre, en el querido día de nuestras glorias y orgullo nacional, sobre el propio palacio de los hijos de Moctezuma y de Iturbide. Al fijar la consideración aquí, no parece ser sino que nuestro mes que tres veces en diversas épocas nos llenó de gloria, nuestro mes de faustos acontecimientos, nuestro mes propio trocóse ya en mes funesto.

Mirad, señores, si me sobraba razón cuando há poco os decía que nuestros grandes recuerdos en día de tanto regocijo debían ser acibarados por los de tristes desgracias! No es verdad, señores, que sentís un vacío horrible en vuestro corazón? No es verdad que el himno de triunfo, los gritos de júbilo purísimo con que se celebraba la memoria de este día, debían convertirse en un gemido de lamentación? Oh! sí, esto es mucha verdad y por mas que nuestros corazones lo resistan así tendrá de ser.

A tí, á tí nación orgullosa de Norteamérica dirjo mi voz desde esta tribuna donde represento en este instante la voluntad de uno de los pueblos de la nación que mancillaste.

Has obtenido por la fuerza de tus armas y la política de tu gobierno un triunfo sobre mi desgraciada patria, debilitada en sus sentimientos por las faccio-

es, carcomida en sus entrañas por el icono, arebatándole así, despiadada, sus mas santos recuerdos y mas gratas ilusiones —Pero gloriáte de esto, que la hora de las venganzas sonará.

Hiciste derramar corroida de envía por las riquezas de la que con falsía amabas tu amiga, la sangre de muchos inocentes sacrificados á tu codicia, sin respetar tus balas y proyectiles de guerra ni las quejas doloridas del anciano, ni los áyes lastimeros de la mujer, ni el llanto inocente del niño, ni la súplica teñida de la púdica doncella, en los desgraciados pueblos que te oponían heroica resistencia —Pero gloriáte de esto que la hora de las venganzas sonará.

Enriqueciste tu territorio quitándonos la mitad del nuestro con el acto de mas escandalosa usurpacion, cometida á presencia del mundo entero, que os debía vuestra conducta —Pero gloriáte de esto, que la hora de las venganzas sonará.

Desoiste la opinion de tus hombres públicos, que, en el recinto mismo de tu capital, sobre tus propias tribunas, levantaron enérgicos la voz en nuestro apoyo, y se opusieron á que perpetrases una invasión sin ejemplo en la historia moderna de las naciones. Estos hombres, hijos de tu propio suelo, y ocupando elevados puestos, son nuestro mejor argumento en defensa de nuestros inalienables derechos y justicia —Pero gloriáte de esto, que la hora de las venganzas sonará.

Llegará tal vez, ¡oh nación! en lo largo del tiempo, á la encumbrada cima de tu grandeza, ya marcada con el sello de la reprobación; *mas como es preciso que seas medida con la vara que has medido*, de ella descenderás rápida como el viento, y entonces ¡tembla! porque la hora de las venganzas habrá sonado para tí —Pero entre tanto gloriáte de tu horrendo crimen, gloriáte y gozate en él con la confianza de tu corazón esceptico que no esperará el azote de Dios.

Ved, señores, el término á que nos condujeron nuestros desaciertos. Una nación de ocho millones de habitantes es vencida en su propio suelo, ultrajada, hollada en sus mas santos derechos por un puñado de norte americanos, que entran hasta el corazón de la república y le imponen la ley. ¿Cómo sufrimos tanta deshonra cuando la cuestión era de vida ó muerte, pues que peleábamos por la defensa de nuestros hogares, de nuestra independencia, de nuestra religion, de nuestras costumbres,

y hasta de nuestro idioma? ¿Cómo lo sufrimos contando con todas las ventajas que ofrece una guerra defensiva, ya por el conocimiento práctico de los terrenos, la facilidad de las comunicaciones, el pronto auxilio de los pueblos, la abundancia de subsistencia, y los elementos para levantar y sostener cuantos defensores se necesitasen? ¿Cómo preguntado? Muy fácilmente, señores; por la influencia de los vicios perniciosos que minan hace tiempo nuestra sociedad. Los funcionarios públicos puestos á la cabeza de los negocios estaban acusados ora de traición, ora de que defraudaban los caudales del erario, ora de cobardía, ora de ignorancia; y esto debía infundir desconfianza: gran parte de los habitantes no mostraban ningun interés por la conservación de la independencia; y esto debía producir desaliento: las clases acomodadas llenas del mas refinado egoismo preferían la esclavitud, la degradación y sus goces, á los peligros de la guerra; y esto debía engendrar abatimiento: las masas del pueblo, por lo general en la mas estúpida ignorancia, á consecuencia de la falta de una educación civil y política, ni siquiera comprendían qué merecerían los que tenían que defender; y esto debía quitar toda esperanza. En medio de tanta mengua, de tanta ignominia, de tanto baldon á nuestro buen nombre, hay sin embargo una cosa que templó nuestro dolor, y es el recuerdo de que hubo mexicanos así entre el ejército como guardias nacionales que prefirieron la muerte á la deshonra, y sin detenerse ante la apatía criminal en que yacía sumergida la nación se lanzaron contra el enemigo, al encuentro de una muerte cierta, sí, pero gloriosa, que debe envidiar un pecho noble amante de su patria. ¿Que á lo menos no caiga sin provecho con nosotros, en nuestros corazones, como la lluvia en una tierra infecunda, el reciente sacrificio de sangre de estos buenos hijos, de esa sangre preciosa derramada tan injustamente por el invasor; ved que en la pasada lucha es el único, absolutamente el único recuerdo grato que pasará á la posteridad! derramado, derramado aunque sea una lágrima por estas víctimas; no la detengais por una vergüenza mal comprendida, por que el tributo de esta lágrima estoy cierto que será recogido con placer por sus almas desde el cielo, de donde en este instante nos mirarán aqui reunidos, con la noble vista de sus espíritus, y se regocijarán porque les consagramos un tierno recuerdo de gratitud que demasiado merecen.—(Continuará.)